

BILL PRONZINI CASOS DE ARCHIVO



E T I Q U E T A



N E G R A

Todas las historias del detective sin nombre están ahí, escondidas, son casos archivados, o casi...

* * *

“De vez en cuando y pocas veces, te topas con un escritor cuyo trabajo te gusta instintivamente; ahora, por casualidad he encontrado uno, Bill Pronzini... Tengo una simpatía básica con este detective privado, cincuentón, gordo, amoroso y anónimo. Cómprelo, léalo y relájese. Mejor que un baño sauna”.

Los Ángeles Times

* * *

“El mejor trabajo de Pronzini es la creación del detective sin nombre, un personaje agradable y sólido”.

Kirkus Review

PREFACIO DEL AUTOR

¿Por qué no tiene nombre?

Ésta es la primera pregunta que los lectores de la serie *detective sin nombre* se plantean. Bien, les contesto siempre, no es que no tenga nombre; lo tiene, como todo el mundo, pero no digo cuál es. ¿Por qué no? me preguntan. ¿Intenta sacar partido del Continental Op de Hammett?, les digo que no. ¿Intenta establecer un anzuelo, un truco para que la gente lo lea?, me preguntan. Les digo que no. Llegados a tal punto, algunos se enfadan lo suficiente como para inquirir: ¿entonces por qué no tiene nombre el maldito detective?

Me sorprende que alguien pueda preocuparse por tal cuestión. Me da la impresión de que le he dado al detective sin nombre bastante credibilidad, y lo he dotado de un carácter interesante y único, colocándolo a parte de cualquier otro detective de ficción. ¿Qué encierra un nombre después de todo?

De alguna manera, el maldito detective no tiene nombre porque cuando comencé la serie en 1968, no se me ocurrió ninguno apropiado para él. El gran y sentimental prototipo italiano que engulle cerveza, fuma demasiado y colecciona *pulp magazines*. ¿Qué nombre es apropiado para tal personaje? ¿Sam Spadini?, ¿Philip Marlozzi?

Permaneció sin nombre en el transcurso de doce historias cortas.

Más tarde, en 1970, decidí escribir una novela. Mejor le doy un nombre ahora, pensé. ¿Mike Martello? ¿Lew Archerone? Cuando llevaba medio libro escrito y el personaje continuaba sin nombre, se me ocurrió quizá tardíamente

(no siempre soy rápido haciendo conexiones) que yo también era un gran y sentimental tipo italiano que fumaba demasiado, engullía cerveza y coleccionaba *pulp magazines*. Estaba escribiendo sobre mí mismo. Yo a los cincuenta; yo como detective profesional en vez de como escritor.

Todas las creencias, colgaduras, prejuicios y percepciones del personaje eran las mías. Su reacción ante una situación determinada, y el modo en que actuaba, eran más o menos lo que yo haría y la forma en la que reaccionaría. Lo cual también explicaba, psicológicamente, por qué nunca había sido capaz de pensar en un nombre apropiado para él. Él era yo; yo era él. Y no poseía deseo alguno, consciente o inconsciente de rebautizarme.

No mucha gente se dio cuenta de ello sin embargo. En 1978 hubo una colaboración entre el detective sin nombre y el teniente Frank Hastings de Collin Wilcox (*Twospot*), y por razones tanto públicas como novelísticas, se le dio un nombre: Bill. ¡Ajá!, dijo la gente entonces. El maldito detective tiene el mismo nombre que el escritor, luego también debe tener el mismo apellido, ¿correcto?

Correcto. Pero oficialmente ha permanecido sin nombre en subsiguientes entregas, y continuará así en las futuras. Por una buena razón.

Bill Pronzini puede resultar un buen nombre para un escritor, pero es muy malo para un detective privado.

Las diez historias de esta colección fueron primeramente publicadas en revistas; las ocho primeras para un compendio de misterio en EEUU, y las dos últimas a comisión para una revista japonesa llamada *Shosetsu Shincho*. Abarcan la carrera completa del detective sin nombre, desde su primer caso registrado en 1968, *Es un mundo vil*, hasta el presente; y considero que reflejan los cambios y evoluciones del personaje, así como los de mi propio estilo y técnica de intriga. (He revisado mis primeros trabajos, para libe-

rarlos de ciertos errores juveniles, pero conceptualmente, son las mismas historias que aparecieron en las revistas).

Sería conveniente notar que los primeros fragmentos en dos de las historias *Uno de aquellos casos* y *El Blues del detective privado*, fueron revisados posteriormente, así como expandidos en capítulos iniciales de dos novelas de la serie, *Undercurrent* y *Blowback*, respectivamente. Otras historias publicadas y novelas cortas, no incluidas aquí, sentaron las bases de novelas tales como *The Snatch*, *Blowback*, *Labyrinth* y *Scattershot*. A algunas personas parece no agradarles dicha práctica; pero yo no alcanzo a comprender las objeciones. Expandir historias cortas en novelas, o unir dos o tres en una novela, ha constituido una práctica usual entre los escritores durante largo tiempo; nada menos que una figura como Raymond Chandler tenía el hábito de aprovechar sus primeras historias de *Black Mask* para novelas de Philip Marlowe, y nadie se enfada por eso. Si tal realización convierte a una idea en mejor, o crea una novela a base de la combinación, ¿por qué no?

También resultaría conveniente notar que la historia *El blues del detective privado* fue escrita por una razón distinta a las otras. Cuando fue publicada en *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* en 1975, y posteriormente en *Best Detective Stories of the Year 1976*, editado por Edward D. Hoch, presentaba una ligera diferencia en el final. Hay una explicación completa incluida en el prólogo de la historia.

Un último comentario:

Ninguna de estas historias y ninguna de las novelas del detective sin nombre intentan ser una imitación de Hammett, Chandler o Ross MacDonald, ni nadie más. Siguen una tradición, sí, y contienen ciertas convenciones que son explotadas conscientemente (nadie aprecia las viejas historias de detectives privados más que yo), pero el detective sin nombre no es ni Spade, ni Marlowe ni Archer, ni ningún otro detective. Estas historias tampoco han sido escritas con pretensiones de "mérito literario" o "importancia del

género"; su único propósito es entretener. Sólo puedo esperar que cuando hayan terminado de leerlas, opinen que el detective sin nombre y yo hemos tenido éxito en tal propósito.

Bill Pronzini
San Francisco, California
Junio 1982

ES UN MUNDO VIL

Colly Babcock fue muerto a tiros la noche del 9 de septiembre, en un callejón entre las calles Veintinueve y Valley, en el distrito de Glen Park, de San Francisco. Dos oficiales de policía, patrullando, le divisaron cuando salía por la puerta trasera de Licores Budget, portando una caja metálica. Colly corrió cuando los vio. Los oficiales lo persiguieron, gritándole para que se detuviera, y cuando Colly no hizo caso, el policía disparó de nuevo. Apuntaba bajo, intentando alcanzarlo en las piernas, pero en la mortecina luz del callejón, resultó ser un disparo ciego. La bala le dio en la espalda, matándole instantáneamente.

Lo leí a la mañana siguiente mientras tomaba el café y unos huevos poco pasados en la cafetería de la calle Taylor, a una manzana y media de mi oficina. La historia aparecía en una de las páginas interiores concisa y desapasionada, les enseñan esa clase de escritura objetiva en la Facultad de Periodismo. Sólo los fríos hechos. Un hombre muere, pero no es más que una estadística, un nombre en caracteres seguros, una identidad sin rostro para ser considerada, y luego olvidada junto con tu café sin desayuno.

A menos que le conozcas.

A menos que fuese tu amigo.

Cuidadosamente doblé el periódico y me lo guardé en el bolsillo del abrigo. Después me puse en pie y salí a la calle. Se había levantado viento que soplabla la bahía, un remolino turbulento en los arrabales de Tenderlein. El aire olía a sal y a lluvia oscura y a polución humana.

Caminé cara al viento, hacia mi oficina.

—¿Cómo va el trabajo, Colly?

—*Oh, bien, muy bien.*

—*¿Sin problemas?*

—*No, ninguno en absoluto.*

—*Continúa así, Colly.*

—*Claro. Soy un hombre nuevo.*

—*¿Siempre con rectitud?*

—*Siempre con rectitud.*

En el interior del vestíbulo de mi edificio me encontré con un cartel de “no funciona”, clavado a las puertas cerradas del ascensor. Sí, era típico. Me dirigí a las escaleras para subir al segundo piso, cuyo pasillo crucé hasta llegar a mi oficina.

La puerta no estaba cerrada, permanecía entreabierta. Me puse tenso cuando la vi, y con las yemas de los dedos la empujé suavemente hasta abrirla completamente. Pero no había problema. La mujer sentada en la silla frente a mi mesa, nunca había constituido un problema para nadie.

Era la viuda de Colly Babcock.

Entré, cerré la puerta y me acerqué a ella.

—*Hola, Lucille.*

Sus manos se asían con fuerza sobre el regazo de un liso vestido negro.

—*El hombre del vestíbulo, el contable, me dejó entrar. Dijo que no te importaría —explicó.*

—*No me importa.*

—*Habrás oído, supongo, lo de Colly.*

—*Sí —contesté—. ¿Qué puedo decir, Lucille?*

—*Era tu amigo, le ayudaste.*

—*Quizá no le ayudé lo suficiente.*

—*No lo hizo —dijo Lucille—. Él no robó el dinero. Él no cometió todos esos robos que dicen.*

—*Lucille...*

—*Colly y yo llevábamos casados treinta y un años —dijo—. ¿No crees que yo lo hubiera sabido?*

No respondí.

—*Siempre lo sabía —añadió.*

Me senté mirándola. Era una mujer grande, bien parecida, una mujer fuerte. Había fuerza en la línea de su boca, y en sus ojos redondos y grises, teñidos ahora de rojo por las lágrimas. Había permanecido junto a Colly a lo largo de dos condenas de prisión y veinte extraños años de huir y esconderse, y mirar por encima del hombro. Sí, pensé, ella lo hubiera sabido.

Pero dije:

—Los periódicos dicen que Colly salía por la puerta trasera de un almacén de licores portando una caja metálica. La policía encontró ciento seis dólares en el interior, y la cerradura forzada.

—Sé lo que cuentan los periódicos, y sé lo que dice la policía. Pero están equivocados; equivocados.

—Estaba allí, Lucille.

—Lo sé —repuso—, a Colly le gustaba pasear por la noche. Daba un largo paseo y luego tomaba una copa para ir a casa; le ayudaba a relajarse. Por eso estaba allí.

Cambié la posición de mi asiento, sin hablar.

—Colly siempre se ponía nervioso cuando se metía en un robo. Yo siempre se lo notaba. Se volvía irritable y no podía dormir.

—¿No estaba así últimamente?

—Le viste hace unas semanas —dijo—. ¿Estaba así?

—No —contesté—, no estaba.

—Éramos felices —continuaba Lucille—, no más huidas y no más esperas. Éramos realmente felices.

Sentía la boca seca.

—¿Y en el trabajo?

—Le ascendieron la semana pasada; un ascenso de quince dólares. Salimos a cenar para celebrarlo, al Wharf.

—¿Os arreglabais con lo que ganaba? —pregunté—. ¿No surgió nada?

—Nada. Incluso habíamos abierto una pequeña cuenta bancaria —se mordió el labio inferior—. Íbamos a ir a

Hawai el próximo año, o el siguiente. Colly siempre quiso ir a Hawai.

Me miré las manos. Parecían enormes y feas allí descansando sobre la mesa. Las retiré colocándolas sobre mi regazo.

—Los robos de Glen Park empezaron hará mes y medio —dije—. La policía estima que la cantidad asciende ya a cinco mil dólares. Con ese dinero se puede muy bien ir a Hawai.

—Colly no cometió esos robos —afirmó.

¿Qué podía decir? Sólo Dios lo sabía, y Lucille también sabía que Colly nunca había sido un santo; pero esta vez estaba convencida de su inocencia. Nada, daba la impresión, iba a cambiar eso ante sus ojos.

Saqué un cigarrillo del bolso y procedí a su encendido. El humo añadió más sequedad a mi garganta. Sin mirarla, dije:

—¿Qué quieres que haga, Lucille?

—Quiero que pruebes que Colly no hizo lo que dicen.

—Nada me gustaría más y lo sabes; pero ¿cómo puedo hacerlo? La evidencia...

—¡A la mierda con la evidencia! —su amplia boca tembló por la repentina emoción—. Colly era inocente, ¡yo te lo digo! No quiero enterrarlo con esa mancha sobre su nombre; no puedo.

—Lucille, escúchame...

—No escucharé —me interrumpió—. Colly era tu amigo. Le defendiste ante el departamento de libertad condicional. Le ayudaste a encontrar trabajo. Hablaste con él y le ofreciste consejo. Era un hombre diferente, un hombre nuevo, y tú le ayudaste a que así fuera. ¿Vas a sentarte aquí y creer que lo tiró todo por la borda por cinco mil cochinos dólares?

No respondí; todavía no podía mirarla a los ojos. Observé la brasa del cigarrillo entre mis dedos, contemplando

cómo el humo ascendía, retorcido; una espiral gris en el frío aire de la oficina.

—¿No te importa si era o no inocente? —dijo.

—Me importa, Lucille.

—Entonces ayúdame; averigua la verdad.

—De acuerdo —contesté.

Su enojo y dolor, y su absoluta certeza de que Colly era inocente, me habían calado finalmente; no podía defraudarla, aunque hubiera existido diez veces la misma evidencia.

—De acuerdo, Lucille, veré qué puedo hacer.

Lloviznaba cuando llegué al Palacio de Justicia. Parte de la frialdad se había disipado en el ambiente, pero el viento era más fuerte. Las nubes presentaban un aspecto ennegrecido e inflado, listas para explotar.

Aparqué el coche en la calle Bryant, pasé por delante de los sicomoros que adornaban el césped frontal, para llegar a las escaleras de cemento, y entrar. La división de detectives secretos, asuntos generales, se encontraba en la cuarta planta; tomé el ascensor. Eberhardt había sido ascendido a teniente hacía poco, y disponía ahora de su propia oficina, pero me sorprendí atisbando su viejo despacho; la fuerza de la costumbre, había pasado bastante desde mi última visita.

Estaba dentro y deseoso de verme. Cuando entré en su despacho barajaba algunos papeles con el ceño fruncido. Era de mi edad, rayando los cincuenta, y parecía haber sido tallado con un extraño contraste entre anguloso y delicado: frente cuadrada, nariz y barbilla afiladas, ancho y prominente torso, piernas largas y manos angulares. Aquel día vestía un traje marrón que llevaba más de un mes sin planchar, su corbata estaba arrugada; le faltaba un botón del cuello de la camisa. Y presentaba un enorme moratón en el ojo izquierdo.

—De acuerdo —dijo—, rápido.

—¿Qué te ha ocurrido en el ojo?

—Choqué contra el pomo de la puerta.

—Claro que sí.

—Sí —dijo—. ¿Has venido aquí a pasar el día, o quieres algo?

—Quiero un favor, Eb.

—Claro, y yo quiero tres meses de vacaciones.

—Quiero echar un vistazo a un informe de un crimen.

—¿Estás loco? Lárgate de aquí ahora mismo.

Sus palabras no significaban nada. Siempre se mostraba malhumorado y refunfuñón cuando trabajaba. Llevábamos siendo amigos más años de lo que a ninguno de los dos nos importaba recordar, desde que habíamos estado juntos en la Academia de Policía tras la segunda guerra mundial, uniéndonos más tarde a las fuerzas.

—Hubo un tiroteo anoche —comencé—. Dos patrulleros mataron a un hombre que escapaba de la escena de un robo en Glen Park.

—¿Y?

—La víctima era amigo mío.

Me ofreció una mirada.

—¿Desde cuándo tienes a ladrones por amigos?

—Se llamaba Colly Babcock —dije—. Cumplió dos condenas en San Quintín, ambas por robo. Yo contribuí a que le encerrasen la primera vez. También ayudé a sacarle bajo fianza la segunda vez, y a buscarle un trabajo decente.

—Ajá. Recuerdo el nombre. También he oído hablar del tiroteo de anoche. Está feo que ese colega tuyo haya resultado malo de nuevo, pero bien, les ocurre a muchos, por si no lo sabías.

Guardé silencio.

—Lo entiendo —dijo Eberhardt—. No crees que ése sea su caso y por esto estás aquí.

—Es la mujer de Colly quien no lo cree, y supongo que yo tampoco.

—No puedo dejarte leer ningún informe, y aunque pudiera, no es mi departamento. Los de robo lo manejan; asuntos internos.

—Podrías mover ciertos cables.

—Podría —repuso—, pero no lo haré. Estoy hasta el culo de trabajo, no tengo tiempo.

Me puse en pie.

—Bien, gracias de todos modos, Eb —me dirigí a la puerta, puse la mano en el pomo, y antes de girarlo hizo un ruido a mi espalda. Me volví.

—Si las cosas van bien —dijo frunciéndome el ceño—, acabaré en un par de horas. Si de casualidad me dejo caer por el departamento de robos a la salida, quizá me detenga; quizás.

—Te lo agradecería mucho.

—Llámame más tarde; a casa.

—Gracias, Eb.

—Vale —contestó—. ¿Por qué estás ahí parado?, lárgate de aquí y déjame trabajar.

Encontré a Tommy Belknae en un bar llamado Luigi, en el distrito Mission. Estaba bebiendo un whisky en el bar, con la cabeza apoyada en las manos y contemplando la pared. Dos hombres en ropas de trabajo bebían cerveza y comían el bocadillo del almuerzo al otro extremo. En el medio, una vieja con chal negro sorbía vino tinto de un vaso que sujetaban sus artríticos dedos. Me senté en un taburete junto a Tommy y dije hola.

Volvió la cabeza lentamente, levantado la vista. Su rostro era de un blanco anémico, y su calva brillaba con gotas de sudor. Le costaba trabajo enfocar con los ojos; se los frotó con el dorso de su venosa mano. Estaba bastante borracho, y yo bastante seguro de conocer el motivo.

—Ey —dijo cuando me reconoció—, toma algo.

—No, ahora no.

Con los dedos temblorosos se llevó el vaso a los labios, arreglándoselas para beber sin derramar ni una pizca de whisky.

—Colly está muerto —dijo.

—Sí, lo sé.

—Lo mataron anoche —dijo—. Le dispararon en la espalda.

—Cálmate, Tommy.

—Era mi amigo.

—También el mío.

—Colly era un buen tipo. Esos viles y asquerosos policías no tenían ningún derecho a dispararle de ese modo.

—Estaba robando en una tienda de licores —dije.

—¡Y una mierda! —gritó Tommy. Se giró en su taburete y me puso un dedo en el pecho—. Colly estaba limpio, ¿lo oyes?, como yo; desde que salimos de San Quintín.

—¿Estás seguro de eso, Tommy?

—¡Maldita sea!, lo estoy.

—Entonces ¿quién cometió esos robos en Glen Park?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Vamos, te mueves por ahí, conoces a la gente y oyes cosas. Debe haber algo entre oídos.

—Nada —respondió—. No lo sé.

—¿Muchachos? —dije— ¿callejeros?

—No lo sé.

—¿Pero no fue Colly? ¿lo sabrías si hubiese sido él?

—Colly estaba limpio —dijo—, y ahora está muerto.

Volvió a apoyar la cabeza entre las manos. El camarero se acercó. Era un tipo gordo con un bigote rojo en forma de mango de bastón.

—No puedes dormir aquí, Tommy. Se supone que ni siquiera debes estar aquí mientras te halles en libertad condicional.

—Colly está muerto —repetía Tommy, y había lágrimas en sus ojos.

—Déjele solo —le dije al camarero.

—No puedo permitir que duerma aquí.

Saqué un billete de cinco dólares de la cartera y lo coloqué sobre la barra.

—Sírvale otra copa —dije—, y después déjele dormir en la habitación trasera. El resto del dinero es para usted.

El barman me miró, luego miró el billete, y finalmente a Tommy.

—De acuerdo —respondió—, ¡qué demonios!

Salí a la lluvia.

D. E. O'Mira y Compañía, proveedores de piezas de fontanería, era un gran edificio de dos plantas que ocupaba tres cuartos de manzana en la calle Berry, cerca de China Basin. Aparqué enfrente y entré. En el centro de la amplia oficina había centralita con paredes de cristal y un cartel clavado que decía: "Información". Una chica morena ataviada con auriculares se sentaba en su interior, y cuando le pregunté si el señor Templeton estaba, me contestó que se encontraba en una reunión al otro extremo de la ciudad y no regresaría en todo el día. El señor Templeton era el director de la oficina, el hombre con el que había hablado para obtener un trabajo para Colly Babcock, cuando le pusieron en libertad condicional. Colly había trabajado en la empresa, y su superior inmediato era un hombre que nunca había conocido llamado Harlin. Atravesé una serie de puertas giratorias situadas frente a la entrada principal, descendí por un oscuro pasillo con vidrio en los laterales. A mi izquierda, cuando emergí al almacén había un gran mostrador de servicio, tras el cual se disponían estanterías, y tras ellas, largas filas de cubos que se extendían a lo largo y ancho del edificio. Justo en frente, a través de una puerta abierta, pude ver la nave de carga, atestada de cañerías y otras piezas. A mi derecha se encontraba el ventanal de una oficina con dos mesas, ninguna de ellas ocupada. Un hombre viejo con anchos pantalones marrones, cazadora